

muran acentos suaves, y resuena como un trueno profundo repetido por el ceo lejano el metal triunfador de los cielos. Así de lo alto de la áspera montaña se desliza la plateada corriente, y llena con apacible murmullo el bosquecillo, mientras que el arroyo de la de las selvas con su curso lento y silencioso va arrastrando entre zarzas y ruinas. Y el coro de los justos, levantando hácia el Mediador sus miradas húmedas con lágrimas de placer, canta la loa del vencedor de la muerte.

Allá en los años eternos, cuando aun no existia el frágil universo, ántes de nacer la noche y el día y los mil y mil astros que pueblan los espacios, ántes que volase el querubin revestido con el resplandor del firmamento; desde entónces, tu fuiste inmolido, ¡oh Hijo del eterno!

¡Víctima santa del altar del Gólgota! ¡Cordero del holocausto! reconciliacion de los séres caidos!..... ¡fuente de la clemencia! ¡tu sangre fué derramada, y tú mismo te viste herido por la muerte!

Tal te viste ya en los años eternos, cuando no existian aún flores ni Océano, cuando no verdeaban ni la montaña ni el valle, ni el polvo se hallaba trasformado en cielos de luz, ni la tierra llevaba en su seno un sepulcro.

Y uno de los ángeles del juicio, deja caer su diestra poderosa que lleva la trompeta que despertará el sueño de los sepulcros, mientras otro coro canta en acento majestuoso.

¡El yacia ensangrentado! ¡Sus huesos no fueron rotos: así lo quiso aquel á quien fué inmolido en el cordero de Passah! ¡El hisopo fué empapado en sangre, y tiñó las puertas de los hijos de Judá!

¡Ay de vosotros! ¡Ay de vosotros á quienes no señaló la sangre del Cordero, cuando la noche envolvió súbitamente la tierra con su manto de horror! Vino ¡ay! la formidable

noche. ¡El exterminador ha bajado de los cielos, y con vuelo lento y terrible ha tocado ya las ondas del Egipto!

Levántanse voces lastimeras de todas partes, y el grito del terror recorre toda la orilla. ¡Cerca del trono yace sin vida el heredero del imperio, y sobre él gimen de dolor el padre que le engendró y la madre que le dió la luz del día!

La muerte ha penetrado hasta las prisiones mas profundas; el bruto ha visto morir su jóven renuevo, mientras que en los campos de Ramsés resuenan los cánticos y las lágrimas de alegría: ¡la sangre del Cordero ha salvado el hogar!

El arpa hace resonar mas fuertes acentos: la trompeta estremece los espacios con el ruido de numerosos truenos; un nuevo coro derrama á torrentes la armonía de sus cantos; vuelan poderosos querubines, cuyo vestido es llama, y cuya faz resplandeciente coronan rayos de gloria.

¡Eternal tipo del vasto imperio en que brilla el universo! TU ERES: ¡y el primitivo caos recibió sus formas! ¡La innumerable legion de los mundos va rodando por los espacios, y tiemblan de sorpresa porque han recibido el sér!

Al grito del Criador, el hijo del Eterno, que retumba armado de los rayos de su poder, manda al movimiento que corra por órbitas inmensas. ¡Lento ó rápido, el rayo brilla, hiende la esfera y arrebatada de asombro al habitante del globo que huye!

¡Así nació el imperio eterno del mediador divino! La sabiduría y la gloria brillan en el diseño de su vasta creacion. ¡Felicidad de todos! ¡tú descendes tambien del seno de la miseria!

¡Sendero de lágrimas! Cantadle herederos del sepulcro; ¡herederos de la luz! ¡Cantadle, hermanos de aquel que conoció la muerte! Cantad la via misteriosa que de la mise-

ria conduce al trono del juicio, porque vosotros tambien juzgareis con él.

¡Laberinto de dolores! ¡Aspero sendero por do se trepa al monte de las pruebas! La noche del sepulcro lo encubre á vuestros ojos. Mas la sangre ha manado ya, y el trono recibe al mortal rescatado de la muerte!"

El vástago de Jeddo, cuando vivia sobre la tierra de los mortales, mas hoy hijo de la resurreccion divina, se adelanta del coro, y en el humilde júbilo que trasporta su alma, se acerca al Señor y celebra con su arpa el instante solemne en que se descubrió á Zema desde una profética distancia.

Jesus el Pontífice, ¿no entra en el santo lugar que cubre el velo de los misterios? ¡Parece que no sea puro, pues en presencia de los ángeles temblorosos, Satanás acusa de pecado al Pontífice de Judá!

Se le ha dado un vestido cándido á los ojos del Eterno, y su clemencia le quita la grave carga del pecado, porque el elegido del Omnipotente debia descender á la tierra, ¡Zema! ¡fué el grito de los cielos y los ángeles oyeron el nombre Zema!

¡Vienes tú, oh Mediador, y el velo no cubre ya mas el lugar de la clemencia! ¡Para siempre es arrancado del templo de los misterios, pues que tú por tí mismo entras en el umbral del santuario divino!

El te llama ¡oh pueblo afortunado! bajo las pámpanas de su viña: ¡él te llama bajo la sombra de una higuera! ¡El divino salterio celebra la fiesta del sacrificio de la alianza!

Tú vienes, ¡oh Zema! ¡Proclámenle nuestras voces con los sublimes acentos de un salterio celestial! ¡Zema! ¡tú vienes! Así debajo los tabernáculos de la gran solemnidad vuela el canto de la alianza. ¡Zema! ¡Tú sufriste la muerte! ¡Tú la venciste!

¡Oh cómo resuenan las arpas de los cielos! ¡Cómo balancean las palmas en las manos de los vencedores! ¡Cuán brillante irradiaba la faz de los espíritus cuando se derrama como un torrente de armonía el himno de alabanzas á la gloria del Salvador!

¡En la hora que Jesus exclamó que todo estaba consumado, nuestras lágrimas corrieron, pero nuestras almas se abismaron en rios de salud! ¡Dios admitió el polvo en los campos de la luz, en el reino de la salud! ¡Desde lo alto de la Cruz Jesus le llama á la salud eterna!

El Hombre Dios exclamó: parece ¡oh universo! y de repente nacen innumerables legiones de libres inteligencias, tal como nace el rocío de la luz de la aurora. Ellas son creadas para una gran felicidad: de lo alto de la Cruz Jesus les dá la salud.

¡Oh legiones! A distancias infinitas suena la divina palabra: ¡Todo está cumplido! ¡El arpa angélica la lleva mezclada á los dulces acentos de los cielos! Innumerables sois vosotros todos los que á su nombre doblais la rodilla, colmados por él de mayores felicidades.

Habian ya concluido el himno del amor, cuando, llevado de divinos trasportes, se levanta un coro de refulgentes resucitados, blandiendo las palmas del triunfo á los acentos de un dolor celeste compañero de la beatitud.

¡Adoracion, alabanzas, gloria al Eterno! ¡Gloria al Cordero inmolido por nosotros! ¡Él sube á la inmortal Sion, que brilla de inefables resplandores! ¡Oh, cómo fluyó sobre tí la sangre de la clemencia, altar del Gólgota! ¡Alabanzas al Hijo del Señor, que se inmola por nosotros!

¡Alabanzas al Salvador de los hijos de la muerte! ¡Alabanzas y gloria al Hijo sublime que creó el universo! ¡Tú arrancas á la noche los mil astros de los cielos que derra-

man como un torrente de luz etérea! ¡Mandas tú, y de un vuelo rápido miden lo infinito del espacio!

¡Alabanzas y gloria al Eterno! ¡Gloria al Cordero inmortal por nosotros! ¡Gloria al Hijo sublime que aterró la muerte! ¡Tú arrancas de la noche de los infiernos á los que hirió el mortal aguijon! ¡Ellos huyeron de su perdicion y de su eterno abismo!

Y con una piadosa mirada otro coro contempla la tierra que va rodando debajo de sus plantas. Allá habitaron ellos la cabaña y el sepulcro, allá habian triunfado de la muerte. Y uniendo sus voces, cantan al Redentor de los tristes mortales.

¡A Dios y al Hijo que vuelve á Dios, gloria, salud! ¡Humillad vuestras frentes y coronas, espíritus inmortales! ¡Sembrad las sendas del trono con las fúlgidas palmas que os dá el Señor!

Vosotros que, humillados en la miseria, recorreis todavía las regiones del dolor! ¿Por qué estas lágrimas? Un dia caereis tambien al pié del trono, semejantes en gloria á los espíritus de los cielos!

¡Así recompensa Jesus! ¡Así señala el precio á los sufrimientos! ¡Triunfo sublime! ¡Él aguarda á todo aquel, que, fiel hasta el fin, llevó el peso del dolor!

Silencio, ¡oh lágrimas! vosotras que consolais los pesares fugitivos, no debiliteis mas el corazon del inmortal! Al término se halla la recompensa; llegue hasta el valle de la muerte este canto de fidelidad.

Y cantando estos himnos han llegado al celeste Empíreo. Por entre sus astros brillantes, descúbrese otras almas conducidas por celestes espíritus. Vuelan los querubines llevados por el ala de los trasportes, y las almas sobre el ala trémula de sus nuevas alegrías. Allá están justos mortales que dejaron sus tristes res-

tos en la llama ó en el sepulcro: elejidos de todos los pueblos, que habitaron todas las zonas de la tierra. Desde el momento de la consumacion divina, pues así lo manda el Señor, él se ha reunido en los campos brillantes del celeste Empíreo. Sus lágrimas y sus cantos expresan su felicidad, pues por la primera vez te contemplan, ¡oh esencia divina! Y el coro de los resucitados saluda con un nuevo canto á la gloriosa muchedumbre de sus hermanos.

¡Ellos llegan, y se han elevado aquí desde la vida de las pruebas! Ellos recorrieron con dolorosa planta vuestros sombríos senderos, ¡oh regiones de la muerte! ¡Libres y afortunados, han escapado ya de la miseria; bien lo revela su llanto, y los celestes trasportes, y la calma celeste de que rebozan sus corazones!

¡Oh felicidad! Herederos de aquel, que como vosotros, marchó tambien por la senda de la muerte, ¿quién os conduce al término sublime en donde os aguarda el premio? ¿Quién podrá expresaros, ó celestes raptos de júbilo inmortal?

¿En dónde murmuró jamás en suaves acentos el arpa que os exprime? ¿En qué lugar resonaron sus celestiales melodías? ¿De dónde los llevaron á sus apacibles riberas, ó rios cristianos, los vientos del Empíreo? ¿Cuándo agitaron tu soberbia cima, ¡oh palma de Sion! que reverdeces sobre la orilla del torrente?

Y las almas sienten nuevos trasportes de aquella nueva vida; su himno se mezcla con los cantos del ejército del vencedor.

Nosotros marchamos al triunfo; ¡ángeles del Eterno! como vosotros, ¡herederos de la luz! ¡Seguimos á Jesus en el camino de los cielos! ¡Oh muerte! ¡Rápido vuelo hacia la felicidad! ¡Oh tumbas, y vuestro horror fugitivo! ¡Vosotros os convertís en dicha; en cielo, en salud inmortal!

¡Sér divino. ¿Quién sabrá expresar el cántico sublime, los trasportes del alma? ¡Rey del universo! el grito del triunfo y nuestras voces de júbilo se pierden á la vez en el resplandor inmenso de tu gloria!

¡Mediador! nosotros somos de aquellos que tu muerte reconcilió! ¡Pertenece á las legiones luminosas que tú llamas á tu gloria! Nuestros restos quedan sembrados en las vastas regiones, en donde brillará tu trono en el día de la siega.

Los gallardos mancebos que forman la juventud celeste no pueden contener súbitos trasportes de júbilo. Jóvenes serafines baten sus floridas alas en torno de Elva y de Gabriel, al modo que se abre la flor, hija de la aurora, á la fresca sombra del árbol del Líbano, y las cuerdas retiemblan bajo sus dedos armoniosos.

¡Oh, cómo resuenan los acentos del placer! ¡cómo suena el canto del triunfo! ¡Así lo publican al pié del trono excelso los mil ecos de los montes del Empíreo!

¡Sagrada muchedumbre, desde los senderos del sepulcro te sublimas á la gloriosa vision del Sér inefable, cuya esencia es felicidad!

El salterio y la trompa truenan á la vez entre los coros de los vencedores, con los cuales murmura la cuerda aérea, como murmura el argentado arroyo, y los vientos etéreos cobran alma con los acentos del amor. El sopro ligero se transforma en tempestad, la tempestad en truenos, y entre la tempestad y el trueno retumba la armonía de los mundos fugitivos. Jesús gobernó á su pueblo, desde el día en que fué llamado el padre de los creyentes, hasta el día en que Bethléem y su agreste cabaña escucharon los llantos del celestial infante. Y los coros del ejército triunfador ¡cantan las maravillas del pueblo, de la gracia y de la austera usticia. Inflámase su salmodia con la rapidez del pensamiento,

y un raptó impetuoso les arrastra de prodigio en prodigio. Un coro refulgente vuela y hace vibrar la plateada cuerda; óyele el otro, y puede apenas contener el fuego del entusiasmo que le oprime, y á los jubilosos acentos mezclan sus voces austeras y terribles los ángeles de la muerte.

¡Oh mar! ¡tú detienes tus ondas airadas; así lo manda el Eterno! y con sus sombras ó con sus nocturnos reflejos cubre la nube al pueblo de la ley! ¡El pavor y la diestra del Altísimo hieren con la nube al temerario rey, á sus corceles, á sus guerreros!

El severo silencio de los ministros de la muerte deja oír el bronco sonido del acero de las venganzas. Escúchalo Mirjam, y su dulcísima voz canta el triunfo de los elejidos del Señor.

Hija de Amram, yo iba al frente de las vírgenes de Israel. ¡La mar es tu sepulcro, tirano de Misraim! ¡la onda te devoró junto á las cañas de la orilla! ¡cómo se hunde el plomo hasta el fondo de las olas embravecidas!

¡El guerrero cubierto de hierro, los carros y los caballos, tú mismo caes, soberbio Faraon! ¡La indignacion del Señor rompe entre los fuegos de la nube, y el pavor les precipita en las ondas del furor!

Los ángeles apartan su vista consternada de la caída de Abiram, de Kora, de Dathan, y cantan el juicio de los rebeldes de Levi.

¡Oh voz de terror que te levantas del abismo! ¡de entre el torbellino de polvo y de llamas salen en vano gritos lamentables! pero mas terrible aún que los gritos y los gemidos, tu silencio proclama el fin mas desastroso!

Una sola mirada dejan caer sobre las ruinas de la soberbia Jericó; un solo acento recuerda su caída y sus escombros.

¡La trompa de los combates y la plegaria de los guerreros rodean las torres altaneras de la ciudad de las palmas! ¡Brillado ha el día de tu ruina, y tú caes, oh Jericó, entre las llamas y el trueno!

Mil otras arpas resonando confunden sus armonías deliciosamente, y con ellas la voz de los espíritus celestes.

¡Cuáles fueron tus destinos, oh Judá! El Hijo de Bet-hléem, el de la negra cabellera corre con ligero pié, arroja el palo, y la piedrecilla hiere la frente del gigante que se rie de sus armas!

¡Y el Señor eleva el pastor del Ephrata! ¡Ciñe su noble frente con el oro de los reyes, y su boca es enriquecida con el oro aun mas puro de los cánticos! ¡Él reprueba tu vástago ¡oh tribu de Benjamin! y su sangre corre y tiñe las cimas de Gelboé!

Y David contempla al Mediador salido de su propia sangre; y su himno vuela sobre el ala del amor. Las voces de júbilo de los coros mas augustos cantan las alabanzas del Criador, fuente de toda clemencia.

Y otros salterios resuenan á lo léjos, y sus acentos sublimes se mezclan con las voces de los ángeles.

¡Él ruega, y de lo alto de los cielos cae la llama: la víctima es devorada por el celeste fuego: las aguas que bañan el altar suben y son consumidas por las llamas de los cielos!

Y siete querubines salen de su coro, y rodean al Profeta á quien fué concedida la sublime vision de la redencion futura.

¡Y tú solo estás sin voz! ¡tú, que junto al Eterno viste al severo querubin, velado con sus alas poderosas! Los ci-

mientos del templo se estremecen con la voz de los espíritus: sus legiones rodean el trono de los cielos!

Yo quedé sin voz cuando junto al Eterno ví al austero querubin velado con su ala poderosa. ¡El templo retendió á la voz de los espíritus, y sus legiones rodeaban el trono de los cielos!

¡Santo, ¡oh! ¡Santo es el Señor, el Dios de los ejércitos! Tal fué el clamor que voló por las bóvedas de los cielos. No tienen número los que adoran al Eterno. De su trono y del polvo brotan alabanzas á su gloria increada.

La admiracion llena el alma del Profeta. Mudo, medita el rey del universo. Mas no tarda en invocar á las trompas celetes, cuyo estruendo delicioso se mezcla con sus cánticos.

¡Sion! la Virgen sublime te desprecia, y se rie de tus furros! la hija de Salem te persigue con sus desdenes, porque, ¿quién es aquel contra quien se dirigió tu blasfemia?

¿Contra quién, oh soberbio, se ha levantado tu voz? Tu orgullosa mirada amenaza en su mismo templo al santo de Israel! tu impío delirio se rie de Jehová, y tu boca audaz pronuncia estas palabras.

Los carros de mis guerreros han cubierto la montaña; desde lo alto del Líbano rodaron los cedros y los pinos bajo el filo de mi hacha inexorable!

Yo toqué hasta los confines del Carmelo, las lanzas de mis soldados llenaron sus bosques. El brazo de mis guerreros escavó la profunda cisterna.

¡El pié de mis caballos agitó los lagos de Israel: ellos secaron sus rios y sus arroyos! ¿No oiste nunca hablar de lo que en otros tiempos obró mi omnipotente brazo?

¡Desde léjos preparo ya los combates, y la victoria está pendiente de mi voz! ¡Caen á mis golpes las ciudades y sus almenas, y cúbrese la colina de vastos escombros! La afren-

ta y el horror del carnaje hacen caer sin fuerzas los brazos de tus guerreros!

Y caen estos como la yerba cortada por la hoz del segador. ¡Así se marchita el musgo de los tejados, y el heno que se seca al ardor de los rayos del medio día!—No conoces, pues tú, mortal altanero, tu morada y tus caminos!

No se me oculta ninguno de tus furores. Y ya que contra mí osa levantarse tu delirio, y que penetra los cielos, y provoca mi indignación;

Voy á oprimir con un anillo de hierro las humeantes narices de tus corceles, y á domar con un freno tu furor. Y en tu fuga de igeominia recorrerás las desiertas regiones que ha devastado el brazo de tus guerreros!

Así canta la inflamada voz del sublime Profeta, y los siete espíritus continúan la historia de las venganzas.

¡Huye, huye Sanhérib, á los altares de Neirach! De lo alto de Sion suena la voz amenazante del Profeta de los furores; prepárase ya la celeste venganza!

Que afirme su férrea planta para el juicio de sangre. El sombrío rojo de los cielos ha cubierto de palidez las rosas de la aurora: cubiertas están de muertos las campiñas de Judá, y el Rey de Assur huyó perseguido por el terror.

Y el Profeta de Chebár se adelanta entre los fúlgidos coros que cantan al Eterno, seguido de doce jóvenes escogidos entre los mas hermosos de los ángeles y de los hijos de los hombres. Su vuelo es ya una armonía, ántes que sus arpas celebren las grandezas del Mesías. Y batiendo sus sonoras y ligeras alas, preceden al divino objeto de sus respetuosos trasportes. Su radioso vuelo es magnífico y terrible: mil resplandores coronan su frente, y su mirada es una móvil llama. Y en voz unánime cantan al que reina sobre Judá.

¡Vengador! ¡cuántas veces fuiste el escudo y la salud de tu pueblo! ¡con qué facilidad rompiste los brazos devastadores! ¡Cómo derramaste su sangre en torrentes de humo! Los que aman la matanza, no, jamás escaparán de tu potente indignación!

¡Rey de Assur! ¡tú pareces el terrible reptil cuyo ronco clamor hace temblar las orillas de Egipto!..... ¡Altanero como el Líbano, arroja á larga distancia su gigantesca sombra; erguido como el cedro, su verde cima llega y amenaza á los mismos cielos!

¡Y manda á las ondas, y con su tronco inmenso dá sombra á las aguas agitadas! A su alrededor dá mugidos el rio cenagoso, y otros árboles reciben de él los arroyos que sacian su sed.

¡Por esto domina á los árboles de la comarca, y se place en extender la hojarasca de sus ramas, y en humedecerle con las aguas que inundan la campiña!

¡Bajo su poblada copa fabrica el avecilla su aérea morada, y el reptil del polvo yace bajo su vasta sombra! ¡Los pueblos habitan debajo tu sombra magnífica, árbol soberbio, que te sacias con todos los torrentes del valle!

¿Quién fué semejante á tí? ¡Cedro del Señor, y tú, pino de la montaña, ménos robusto es vuestro tronco, que su brazo de lozanía! Él es la gloria del bosque inmenso que plantó el Omnipotente!

¡Embellcido fué por la mano del Señor: Él fué quien hizo crecer sus brazos y sus ramas, para que fuese un objeto de envidia para los árboles de las selvas! Mas porque su cima tocaba á los cielos.

Su corazón se hinchó de criminal orgullo; se embriagó de efímera grandeza. Entónces, oh Vengador, le dejaste abandonado al mas poderoso tirano para que le diese el premio que merecia su atentado!

¡Y el brazo del extranjero lo derribó sobre su tierra nativa! Y la montaña, y el valle, y la onda de sus arroyos se cubrió con sus ruinas. El hacha cortante abatió el tronco, dispersó las ramas y su espeso follaje!

No tiene ya mas sombra que dar á los pueblos congregados: huyen las naciones del árbol despojado: sobre su tronco á pedazos, mora el pájaro de las noches; sus agostadas ramas sirven de fugitivo asilo á las fieras de los campos!

¡Cayó! ¡Ningun árbol se levantará ya mas sobre las orillas del rio con tanta grandeza! ¡Ninguna otra cima extenderá tan léjos la frescura de su sombra!

¡Cómo descienden al sepulcro los que temía el universo! ¡Assur se ha desplomado al mortal abismo, cuyo profundo seno ha gemido por la caída del monarca de Babel!

¡Un velo de dolor ha cubierto el rio y sus corrientes, y su onda ha cesado ya de correr! ¡El Líbano se ha vestido de luto, y los árboles del valle se han marchitado en torno del abatido cedro!

¡Desplómase con estruendo, la tempestada le precipita á los horrores de las tinieblas, y los pueblos del rededor quedan despavoridos: tú yaces en el abismo, oh florestas de Eden, y tú, bosque que cubrias el Líbano!

¡Yace en la tumba de la noche y con él los reyes que cohibaba su poder! ¡brazos del altivo cedro, han caído en torno de él, entre lo que abatió el filo de los guerreros!

Y el silencio sucedió á sus cantos. Al modo que la tierra suspende su estremecimiento terrible para arrojar luego hácia los cielos consternados los espesos torbellinos de polvo y ruinas, mezclados con los gemidos lastimosos de los que devoran sus abismos.

¡Así como á Assur, tú precipitas el Egipto, Rey del universo, Hijo del Eterno! El dragon de los mares se ha zambullido en el rio: con su planta cruel enturbia las rápidas

ondas, y corre envuelto su negro fango con las olas que bramaban hinchadas.

¡El exclamó: el rio está bajo de mi poder! ¡yo le hice nacer en las llanuras del Egipto! Mas el Señor tiende su inmenso lazo, y sus legiones cazan al rebelde en la red mortal!

¡A pesar de su peso, y de su informe masa, sus escamas son débiles para librarle en el peligro. El Señor le saca del rio aterrorizado, y le hace pedazos en los campos de Misraim, y su voz de trueno llama á todo sér que con la ala impetuosa hiende los aires despedazando su presa!

¡Todo lo que en el polvo arrastra consume la carne! Cadáver horrible, con sus miembros despedazados, cubre el lado de la montaña el umbroso vallado: la onda que le lleva se tiñe con la sangre de la béstia feroz.

Su sangre ha enrojecido la sombría montaña, y ha enrojecido el rio de los arroyos porque ha sido precipitado al abismo de la muerte.

¡En los tenebrosos abismos ha encontrado acojida entre los que, conquistadores como él, degollaron á los mortales! ¡Todos calleron al golpe del cuchillo, y duermen el eterno sueño entre las víctimas de sus furores!

¡Como ellos reposa Assur: en torno de él todo un pueblo destruido! ¡Cuchilla! ¡hiere tú! ¡y al punto se abisman en tus negras profundidades todos los que fueron el espanto del universo!

¡Como ellos reposa Elam, y á su rededor sus robustos guerreros! ¡Cuchillo! hiere tú, y al punto se hunden en los antros profundos cuantos fueron el terror del universo!

¡En los desiertos campos yace Meech, y mas léjos Thubal! ¡Héroes y guerreros yacen sin armas y mueren sin gloria! ¡no se halla su sangrienta espada bajo de su cabeza, y las llanuras blanquean con sus huesos!

¡Horribles reprobados! ¡Ellos fueron el horror y el espanto de la tierra! ¡Faron! tú yaces bajo las plantas de tu

vencedor, tu duermes entre tus guerreros que el hierro ha segado.

¡Dominadores de Edem, conductores de guerreros! ¡Vosotros estais sepultados en la noche de la tumba! Ellos vacilaron bajo la cuchilla destructora, y cayeron entre los milares que hirió la espada!

¡Con ellos caen tambien los pueblos de Sion! Un rojizo sombrío cubre la frente de los príncipes, porque la audacia del combate alcanzó á sus guerreros, que cayeron sin número bajo la hoz de la muerte!

¡En las tinieblas del abismo Faron reúne sus legiones; su corazón palpita á la vista de sus guerreros; y el pavor cede al orgullo de su pensamiento!

¡Tú lo has precipitado, Dios de las venganzas, Dios de los justos furores! ¡A tu mirada calló en el abismo! ¡Porque tambien eres el espanto de la tierra, oh juez del universo!

Y la tierra va rodando á lo léjos en el abismo de los cielos.

.....
Y la triunfal cohorte está ya á las puertas de los cielos. Su ávida mirada contempla de léjos el trono de Jehová, y le vé refulgente de la gloria increada. Y los espíritus que habitan los cielos ven acercarse la brillante muchedumbre; una repentina sorpresa se apodera de los ángeles, y muy presto resuenan gritos confusos de admiracion, de alegría y de terror. Ningun ángel, ninguno de los espíritus del trono habia conocido la hora sagrada en que el vencedor volvia á entrar en el celeste imperio; y solo habian apercibido entre las distantes armonías de los mundos del espacio las aclamaciones de los cielos. Y de colina en colina el potente querubin exclama: ¡Jesus y mil voces seráficas, mil voces humanas tornan á las inmensas soledades del impíreo el nombre de Jesus. De rayo en rayo hasta en los altares de los perfumes, hasta la formidable nube que vela el santo lugar, retumba la voz: ¡Mesías!—Mesías. Se oye desde el trono de los cielos, y

ante el clamor inmenso de los espíritus enmudecen el ruidoso susurro de los bosques, el murmullo de los arroyos, y hasta el mugido de la onda poderosa que hace rodar sin fin el océano de cristal. Y cuando Jesus, el consumidor de la salud, á quien rodean los resplandores moribundos de un mundo vecino, pone su divina planta en el pórtico de los cielos, caen entónces de las angélicas sienes las radios coronas, y siembran de palmas la sublime senda que al trono conduce. Y los que siguieron al vencedor, serafines mortales, todos siembran palmas bajo su planta victoriosa, todos marchan á su rededor, sumidos en la humildad de su pensamiento. Y las almas oprimidas por tan repentina felicidad, goce de los cielos, se paran inmóbles en uno de los celestes pensiles, pero la trompeta de Gabriel les hace seguir al Mesías.

Y Jesus se acerca al trono. Súbito silencio domina en las moradas del cielo, la trompeta no despide ya sonidos para llamar á las almas; hasta los patriarcas quedan inmóviles. Los ángeles van siguiendo todavía, mas presto se paran, caen y adoran al Eterno. Gabriel, el único entre todos los séres criados, ha seguido al Mesías hasta el pié mismo de trono. Allá se postra contemplando al Altísimo, y nuevas ondas de luz le ocultan á la mirada de las legiones celestiales.

Y el Sér infinito y sublime, aquel á quien todos conocerán algun dia y adorarán todos entre lágrimas de placer, el Padre del Salvador, el autor de la clemencia, ¡¡¡DIOS!!! se descubre en los resplandores inefables de su amor. ¡El Hijo del Eterno, el autor de la alianza, aquel á quien todos reconocerán un dia, á quien todos adorarán entre lágrimas de placer, víctima y vencedor de la muerte, Mediador y fuente de toda clemencia, Jesus, se descubren en los resplandores de su amor! ¡Así los cielos de los cielos contemplan al Padre! ¡Así los cielos de los cielos contemplan al Hijo! ¡Y Jesus sube al trono de la gloria, y se sienta á la diestra de su Padre!

Es muy de creer que María disfrutó en aquellos momentos de la gloria de los triunfos de su Hijo, abriéndose á su mirada mortal